

BIBLIOTECA
Los Grandes Pelms
08

July
32

La Novela Semanal Cinematográfica



Sueño
de amor

POR
Joan Crawford
y
Nils Asther
—
50 cts.

SUEÑO DE AMOR

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléf. 18551



DREAM OF LOVE

Sueño de amor

Excelente asunto, interpretado por
Nils Asther, Joan Crawford, Aileen
Pringle, Warner Oland, Carmel Myers,
etc.

Dirigido por Fred Niblo



Distribuido por

METRO - GOLDWYN - MAYER

Ibérica, S. A.

Mallorca, 220

Barcelona

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Sueño de amor

Argumento de la película

I

Situado entre Europa y Asia, el ducado de Keremme pasaba inadvertido en el mapa europeo, pero a pesar de su insignificancia, tenía grandes problemas que resolver.

A la sazón había llegado a sus inmediaciones un circo que hacía las delicias de la gente menuda y de los mayores, a quienes, como es sabido, también les gusta sentirse niños de vez en cuando.

El circo había levantado su tinglado en las afueras y a la puerta un hombre decía a voz en grito:

—¡Entrad dignos habitantes de Keremme! Los mejores payasos del mundo han llegado a este país. Entrad y que vuestra risa nos compense hoy del olvido en que nós tendréis mañana.

Cuatro gallardos oficiales se reunieron y entraron en el circo. En Keremme brillaba la oficialidad, famosa en todo el mundo por su arrogancia y por su valor.

Iban por Keremme destrozando corazones y demostrando que eran los ases en el difícil arte de beber cerveza.

Alrededor de la pista había un círculo de mesas para que los espectadores pudieran distraer el paladar al mismo tiempo que la vista, y los cuatro oficiales comenzaron por pedir una botella de whisky a modo de aperitivo.

Desfilaron por la pista algunos números que agradaron a la concurrencia, pero que a los oficiales les hicieron buscar distracción en nuevas y variadas botellas.

De pronto, cambió para ellos el estado

de cosas. El director de pista, que era el mismo que momentos antes daba voces a la puerta y que un poco después tomaba parte en un número de bailes rusos, avanzó hasta el centro de la pista y dijo con voz solemne:

—Respetable público, tengo el alto honor de presentar a ustedes a la gran Adriana, la reina de la danza y del canto, la virtuosa de la mandolina.

Se apagaron las luces, se lanzó el foco a la pista y apareció Adriana.

Realmente, como mujer por lo menos, merecía todos aquellos preparativos. Era una joven de cuerpo elástico y estatuario, fino, gentilísimo, de maravillosas proporciones. Al andar, se doblaba como una ballesta y era imposible mirarla sin sentir imprudentes tentaciones.

A esta atracción del cuerpo se unía la del rostro. Unos ojos grandes y expresivos eran lo más sobresaliente de él y deslumbraban al que tratara de mirarlos con fijeza. Tenía una gracia especial para mirar por entre los párpados entornados y, al mismo tiempo, su boca se entreabría en una

sonrisa maliciosa dejando al descubierto el blanco deslumbramiento de sus dientes.

Los oficiales dejaron de beber y pusieron sus cinco sentidos en lo que sucedía en la pista.

Adriana, advirtiendo esta admiración de que era objeto por parte de la milicia de Keremme, se acercó a ellos y comenzó a cantar al mismo tiempo que tocaba la mandolina, dedicándoles no sólo el canto sino también un serie de miradas, sonrisas y ondulaciones corporales que tuvieron una inesperada y dolorosa consecuencia.

El whisky y la belleza de Adriana se unieron en la mente y en los corazones de los oficiales de tal modo que éstos se sintieron irresistiblemente atraídos hacia ella y animados a poner en práctica su deseo.

Adriana, inconsciente de la tempestad que se había desencadenado en el ánimo de los oficiales, continuó acercándose a ellos cada vez más al mismo tiempo que cantaba, tocaba la mandolina y hacía con el cuerpo las graciosas contorsiones y ondulaciones que eran la clave de sus éxitos entre el elemento masculino.

Cuando menos lo esperaba uno de los

oficiales alargó el brazo y la asió por una muñeca. Tiró de ella y Adriana vino a caer en sus brazos. El uniforme que vestían los autores de la felonía ahogaron las protestas de quienes la presenciaron y el director de la compañía, lejos de defenderla, se retiró prudentemente, muy contento de la atracción que Adriana ejercía sobre el público.

Adriana observó una actitud muy distinta. Lo primero que hizo fué descargar un puñetazo con todas sus fuerzas en la cabeza del que la abrazaba cada vez más fuerte y al ver que los demás intervenían para ofenderla con sus apetitos desatados, comenzó a repartir puntapiés y bofetadas a diestro y siniestro.

Ya iba a ser dominada por la fuerza superior de aquellos ocho varoniles brazos cuando entró en la sala un joven vestido de uniforme, de gallarda figura y simpático rostro.

En seguida le reconoció el público.

—El príncipe Mauritz, el príncipe Mauritz—se oyó decir en un rumor que recorrió toda la sala.

El príncipe avanzó hasta el grupo de ofi-

ciales que continuaban luchando por obtener lo que Adriana no quería concederles y dió una voz.

Inmediatamente, los oficiales soltaron su presa y se cuadraron y saludaron al Príncipe.

Este se acercó, recogió del suelo la pulsera y la destrozada mandolina de Adriana, entregó ambas cosas a la joven y dijo a los oficiales con tono enérgico y expresión severa:

—Id al cuartel y constituíos en arresto hasta nueva orden.

El final de la sesión de circo fué presenciada por el Príncipe.

* * *

Cuando terminó la función, el Príncipe esperó a la puerta del circo la salida de Adriana, paseando en la penumbra protectora del atardecer.

Sólo por un segundo había visto de cerca los ojos de Adriana, pero en ese fugaz

instante le habían impresionado demasiado para que pudiera marcharse sin cumplir el deseo de volverlos a ver.

Cuando la vió salir, se fué hacia ella y le cortó el paso.

—No quise marcharme sin pedirle perdón por la conducta de mis compañeros.

Adriana respondió con otra gentileza:

—Estoy muy agradecida a usted por la ayuda que me ha prestado.

El la miraba fijamente.

—¿Sería usted tan amable que me concediera su amistad?

Nada contestó ella, pero tuvo un gesto de aceptación que animó al Príncipe a acompañarla cuando ella manifestó que había de retirarse a cenar.

El domicilio de Adriana era un departamento de una gran *roulotte* y hacia ella se dirigieron, absortos en su charla alegre y juvenil... y también un poco apasionada.

De pronto, cuando se hallaban al pie de la *roulotte*, se produjo un trueno formidable seguido de un repentino y violento aguacero.

Adriana se apresuró a refugiarse en la *roulotte*, invitando al Príncipe a hacer lo

mismo, y como los truenos arreciaban, la artista consideró oportuno cerrar la puerta y la ventanilla.

—No hay que pensar en salir de aquí por ahora—dijo—. Si no temiera que mi cena le pareciera poco apetitosa, le invitaría a que la compartiera conmigo.

—Para mí sería un verdadero festín.

—Si espera usted alimentarse de galanterías, le recomiendo que espere a poder regresar a su casa para cenar.

—Imposible. Me ha invitado usted y ha de cumplir su oferta.

Y se sentó a la mesa para que la cosa no tuviera remedio.

Fué una cena íntima, alegre, deliciosa. Adriana creía que su invitado era un oficial de más categoría que los otros, pero jamás el príncipe Mauritz. Sólo así pudo transcurrir la cena en medio de la mayor franqueza y liberalidad.

Cuando terminaron había cesado la lluvia. Era tarde. El Príncipe consideró oportuno regresar al palacio.

La despedida fué un apasionado, largo y sentido beso.

* * *

Al saber por el mismo Príncipe de dónde venía, su viejo amigo el antiguo precep-



La despedida fué un apasionado, largo y sentido beso.

tor se mostró muy contrariado. Un príncipe no podía descender a mezclarse con gen-

te de tan baja condición. Un príncipe no se debía a sí mismo sino a su pueblo, a aquel pueblo que había puesto en él su confianza y cuyo gobierno estaría algún día en su mano.

Como siempre, las palabras de su viejo y prudente amigo hicieron mella en el corazón del Príncipe, el cual determinó romper el idilio apenas comenzado, cuando el preceptor le instó a que así lo hiciera.

Trazó en un papel dos líneas de disculpa y se las envió a Adriana por medio del propio preceptor, el cual, por el camino, tuvo la piadosa ocurrencia de introducir en el sobre un billete de banco.

Cuando Adriana recibió el papel de manos del mensajero y se enteró de quién era el hombre con el que había compartido su cena, cuando vió que daba por deshecho el lazo de unión que acababa de trabarse entre los dos, cuando vió que le hacía la ofensa de enviarle dinero pensando tal vez que así le pagaba el beso que le diera al despedirse, quedó un momento anonadada por el desengaño y por el dolor, por la humillación y por la vergüenza.

Después desoyendo las palabras del pre-

ceptor que poco ducho en las lides sentimentales no atinaba a consolarla, volvió al interior de la *roulotte*, de donde salió para recibir el fatal mensaje, y se arrojó de bruces sobre su lecho para llorar su amargura.

Al día siguiente, el Príncipe vió pasar desde sus balcones aquel "carro de la alegría" que llevaba en su seno toda la tristeza del desamor y del desencanto.

II

El gran duque Miklin, tío del príncipe Mauritz, había conseguido, merced a sus intrigas, gobernar como regente el estado de Keremme.

El pueblo, oprimido por la tiranía del Gran Duque, se mostraba descontento, hasta tal punto, que no era suficiente el temor al castigo para acallar las manifestaciones hostiles que los ciudadanos hacían constantemente al que regía los destinos del pueblo.

El consejo se reunió aquel día bajo la presidencia del Gran Duque para tratar de tan grave asunto.

Los ministros le informaron del sentir del pueblo.

—Alteza, el pueblo insiste en solicitar el reconocimiento del príncipe Mauritz.

La vanidad que el gran duque Miklin poseía, como uno de sus muchos defectos, le hizo contestar iracundo:

—El pueblo de Keremme no sabe lo que le conviene. Ahora soy yo el que dirige sus destinos. Cuando llegue el día decidiré quién ha de secundarme.

—Eso, Alteza, puede originar al país graves trastornos. El Príncipe es cada día más querido en Keremme y sus adeptos crecen como la espuma. Nosotros que estamos más en contacto con el pueblo, vemos lo que su Alteza no puede ver.

—Yo lo veo todo—dijo el Gran Duque con altanería.

Y añadió:

—Mientras mi sobrino sea un ciudadano fiel, puede permanecer en Keremme gozando de todos los privilegios de su jerarquía. Pero si trata de hacerse demasiado popular y de embaucar a la gente, habré de tomar una enérgica determinación.

Con estas palabras se puso en pie y dió por terminado el consejo sin esperar a informarse de los demás asuntos del estado.

Inmediatamente los ministros solicitaron del Príncipe una entrevista y le manifestaron:

—Alteza, el disgusto de los ciudadanos de Keremme contra la desastrosa actuación de su regente, no es un secreto para vos. Y nosotros que con tanto sacrificio velamos por los intereses del pueblo vemos también con pesar los perjuicios y conflictos políticos que se avecinan. Tampoco desconocéis el deseo del pueblo de ser dirigido por su Príncipe, en cuyo talento y bondad confían para obtener la tranquilidad y paz que desde hace tanto tiempo ambiciona.

El príncipe Mauritz conocía el sentir del pueblo, pero ignoraba que los ministros estuvieran también en contra del Gran Duque. Por eso se mostró muy asombrado al oír las declaraciones del consejero que había tomado la palabra.

—Nuestro parecer—continuó el ministro—es también que ha llegado la hora de que su Alteza tome las riendas del país. Por eso hemos solicitado esta entrevista: para comunicaros nuestro firme propósito de ponernos a vuestro lado por el bien de todos.

Le enteraron con toda clase de pormeno-

res de los problemas del estado y le pusieron en antecedentes de la resistencia de su tío a entregarle el poder que le correspondía por derecho propio.

El Príncipe objetó:

—Soy del mismo parecer que vosotros, pero amo tanto a mi país que no quiero exponerlo a una convulsión política.

—Todo lo tenemos previsto, Alteza—repuso el ministro que antes había hablado—. No es necesario obrar por la fuerza, sino con astucia. El regente debe su fuerza a los millones de su esposa. Vos, con vuestra diplomacia y vuestra natural simpatía y don de gentes, os captaréis sin dificultad el cariño de ella, lo que equivaldría a tener la partida ganada. Habéis de conseguir que él mismo sea quien os entregue la corona.

No le disgustó el plan al Príncipe, por lo que llegaron en seguida a un acuerdo acerca del modo de ponerlo en práctica cuanto antes.

* * *

Como muy frecuentemente acontecía, aquella noche daba el Gran Duque una solemne fiesta en Palacio.

En los salones intensamente iluminados brillaban los cortesanos y el gran mundo de Keremme y las damas lucían sus joyas, sus lujosos vestidos y sus desnudas gargantas.

Aquella noche un personaje que hacía ya tiempo estaba alejado de la Corte reapareció en los salones palaciegos.

Era el príncipe Mauritz.

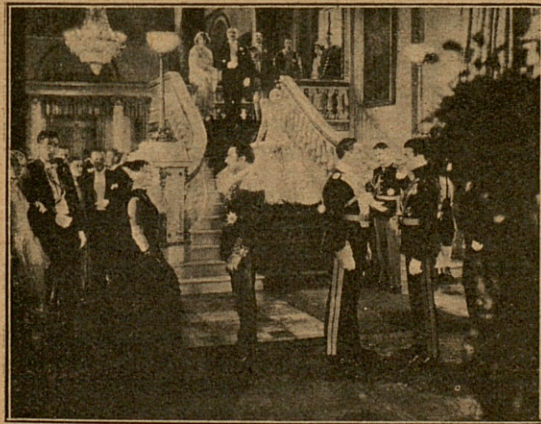
Cuando un criado anunció su nombre fué grande la expectación.

Al Gran Duque no le pareció muy agradable la presencia de su sobrino, pero a la Gran Duquesa, su esposa, la encantó.

Se acercó el Príncipe a los Duques para excusarse.

—Perdonad haya venido sin ser invitado.

—Tú no necesitas invitación, sobrinito— repuso el Gran Duque con falsa afectuosidad.



... una solemne fiesta en Palacio.

Se oyó nuevamente la voz del criado que anunciaba:

—La baronesa de Duclós.

Y apareció en el umbral una dama que atrajo todas las miradas.

Su figura esbelta y elegante, sus joyas valiosísimas, su belleza extraordinaria y su

majestad, dieron origen a un general murmullo de admiración.

El Príncipe se retiró unos pasos, dejando que la Baronesa cambiara sus saludos con los Duques.

En aquel aparte su ayudante le informó:

—Es la última aventura del Gran Duque.

—Pues es la primera vez que envidio a mi tío—dijo el Príncipe sonriendo.

La Gran Duquesa hizo la presentación del Príncipe a la Baronesa.

Comenzó a tocar la música y la Gran Duquesa, solicitada por el Príncipe, salió a bailar con él.

Mientras danzaban a los lentos compases de un vals, con pausados y aiosos giros, observó el Príncipe algo en que no había reparado hasta entonces: en la juventud y belleza de la Gran Duquesa.

—La última vez que estuve aquí—dijo el Príncipe—mi madre daba una recepción.

—Entonces esta fiesta debe de ser penosa para usted—repuso la Gran Duquesa mirándole con fijeza que demostraba que también ella había hecho agradables descubrimientos acerca del Príncipe.

—¡Bah! No es discreto recordar el pasado cuando el presente es tan encantador.

—¿Y el futuro?

—El futuro está escondido en sus encantadores ojos, señora.

Esta galantería produjo visible efecto en la Duquesa, en cuyo semblante se mezclaba la complacencia a la emoción.

Al terminar aquel baile, formaron un grupo la Baronesa, que fué pareja del Gran Duque, la Gran Duquesa y el Príncipe, lo que permitió a la Baronesa cumplir con su deseo de bailar con el Príncipe el segundo baile, cosa que al Gran Duque causó gran contrariedad.

—¿Verdad que tiene verdadera gallardía de Príncipe?—dijo la Gran Duquesa a su marido.

—No lo creas. Sólo tiene la petulancia—contestó el Gran Duque.

Cuando nuevamente se reunieron los cuatro el Gran Duque, en un aparte, dijo a la Baronesa:

—No me gusta que bailes con mi sobrino.

—¿Es posible que un hombre como tú tenga celos?

—Nunca tengo celos de los rivales que puedo aniquilar.



... se citaron para el día siguiente...

—Debo advertirte que fui yo la que me cogí de su brazo para bailar; pero lo hice solamente para que tu esposa no pueda sospechar de nosotros .

Estas explicaciones calmaron algo los celos del Gran Duque, el cual, distraído por los actos de su amante, no reparaba en que su esposa no dejaba a sol ni a sombra al Príncipe. En realidad, aquella mujercita joven, hermosa, gentilísima hacía muy buena pareja con el Príncipe, en tanto que al lado del Gran Duque parecía su hija.

De lo que hablaron tía y sobrino sólo diremos que al despedirse se citaron para el día siguiente en la calle de Liebstrasse, 43.

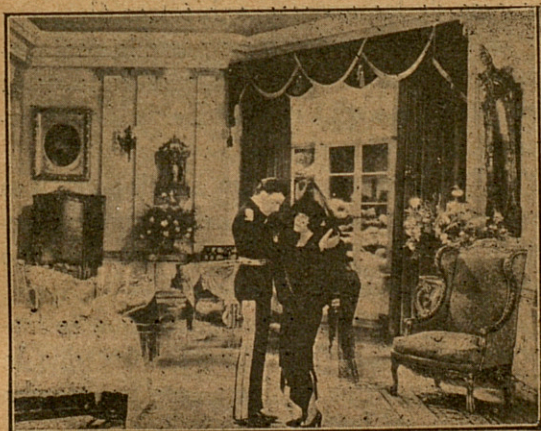
III

En Liebstrasse 43, domicilio del Príncipe, terminaban los preparativos para el recibimiento de la Gran Duquesa. Cuando estuvo todo dispuesto el Príncipe se dedicó a esperar, espera que no fué larga, pues sólo unos minutos después de la hora convenida sonó el timbre de la puerta.

Salió él mismo a recibirla y le dispensó una acogida digna de un donjuán consumado. Ya en las habitaciones que habían sido adornadas especialmente para aquella entrevista dijo la Gran Duquesa:

—En cuanto a galantería y exquisitez no se puede pedir más, pero que conste, Príncipe, que sólo he venido por el bien de mi patria.

No bien hubo pronunciado estas palabras resonó el timbre de la puerta, lo que inquietó a la Gran Duquesa vivamente.



Salió él mismo a recibirla...

Abrió el criado y encontré con que el visitante era el Gran Duque.

—Su sobrino, señor, no podrá atenderlo de momento. Me dió el encargo de que no le molestara por nada. Está rezando—dijo el fiel criado.

—Bien. Si está rezando le ayudaré. Después de todo tenemos las mismas creencias.

El criado fué a avisar al Príncipe pero el Gran Duque sin siquiera aguardar a despojarse de los guantes, subió tras él.

El Príncipe oyó como su criado decía intencionadamente cerca de la entrada de la habitación en que se hallaba la Gran Duquesa:

—La orden de vuestro sobrino no reza con vos, señor; pero me reñirá por no haberle avisado vuestra llegada con tiempo para salir a recibirlos.

El Príncipe se dió cuenta de que se trataba de su tío y rápidamente hizo que la Gran Duquesa se ocultara tras un biombo que había en la estancia.

En este momento el Regente de Kerem me abrió la puerta sin pedir permiso y entraba en la habitación.

El Príncipe sin inmutarse, avanzó hacia él y le dijo al mismo tiempo que le estrechaba la mano:

—¿A qué debo el alto honor de vuestra visita querido tío?

—Pues sencillamente a que quiero hacerte una advertencia...

Hizo una pausa, durante la cual el sobrino se fingió muy intrigado, y continuó:

—Mira, Mauritz, tus atenciones para cierta dama, merecen sin duda la aprobación de ella pero no la mía.

Ante un gesto del Príncipe el Gran Duque añadió:

—No te hagas el ignorante. Sabes que me refiero a la baronesa de Duclós.

Estas palabras tranquilizaron al Príncipe, el cual repuso en un tono que tenía cierta semejanza con un suspiro de alivio:

—La Baronesa, mi respetado tío, cuenta sólo con mi amistad. Afortunadamente para mí, la mujer a quien yo amo no os interesa lo más mínimo.

De pronto vió el Gran Duque el sombrero que la Gran Duquesa dejara momentos antes sobre un sofá. No lo reconoció como de su esposa, pero dirigió a su sobrino una mirada de acusación a la que respondió éste:

—Efectivamente, en este momento me acompaña una dama, pero podéis cercioraros por medio del teléfono de que no se trata de la baronesa de Duclós.

Y, descolgando el auricular del teléfono

que había sobre la repisa de una gran chimenea, pidió comunicación con la Baronesa y entregó el transmisor al Gran Duque.

Cuando sonó el teléfono la baronesa de Duclós no pudo reprimir su contrariedad, toda vez que la llamada interrumpía uno de sus mejores "flirts". Se puso al teléfono y oyó que le decían:

—Soy yo, Miklin. Sólo quería saber cómo estás y qué haces.

—Estoy bien, querido. Sola y muy aburrida. No hago más que pensar en ti—repuso ella con voz mimosa.

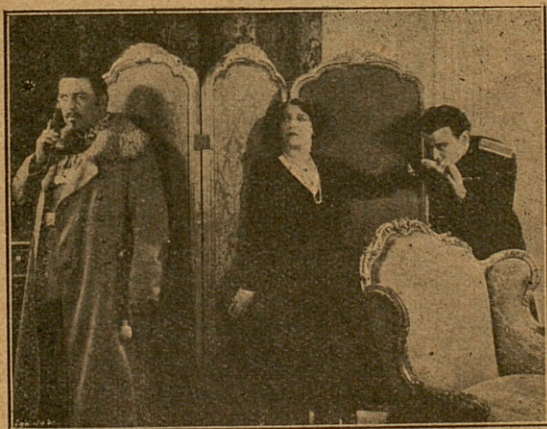
El Gran Duque colgó el auricular con grandes muestras de satisfacción y dijo a su sobrino jactanciosamente:

—A los hombres como yo, nunca los traicionan las mujeres.

Se despidió y salió de la estancia, seguido del Príncipe el cual le acompañó hasta el coche.

Cuando el joven volvió a la lujosa cámara ya había salido la Gran Duquesa de su escondite. Se mostraba muy indignada al haber descubierto la infidelidad del Gran Duque.

—¡Nunca pude imaginarme tanta vileza en él! ¡Y a un hombre así le ha confiado nuestro país su destino!



—Sólo quería saber cómo estás y qué haces.

—Tenéis razón, señora, Es un deber de patriotismo el engañarle.

Las sutilezas y las galanterías del Príncipe fueron calmando a la Gran Duquesa y cuando se despidieron, de tal modo había

cambiado su estado de ánimo, que el Príncipe se atrevió a decir:

—En interés de la nación debes venir aquí a la salida del teatro.

—Vendré, Mauritz.

IV

En el Gran Teatro debutaba aquella noche una compañía dramática que venía precidida de gran fama.

Keremme fué invadido por la propaganda. Programas, pasquines y grandes carteles anunciaban:

GRAN TEATRO

DEBUT DE

ADRIANA LA KARSA

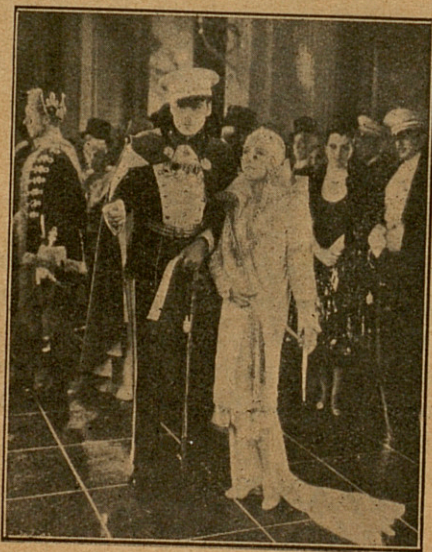
EN

SUEÑO DE AMOR

Desde por la mañana estaban vendidas todas las localidades.

Por la noche el teatro presentaba un aspecto fantástico. En todos los palcos había

elegantes y hermosas damas, cuyas joyas y desnudas gargantas competían en brillantez



... el teatro presentaba un aspecto fantástico.

con las potentes luces de las ricas lámparas.

Unos minutos antes de dar comienzo el espectáculo, apareció en su palco el príncipe

Mauritz acompañado del profesor y casi en seguida irrumpían en el palco presidencial, el Gran Duque y la Gran Duquesa, acompañados de algunos de sus ministros.

Por todas partes se veían uniformes de gran gala, que con sus vivos colores, hacían resaltar, por contraste, la nitidez de los escotes y brazos femeninos.

El Gran Duque no pudo reprimir una exclamación de contrariedad al ver a su sobrino, que precisamente en aquel momento, enviaba desde su palco un saludo a la baronesa de Duckós, la cual estaba en el de enfrente.

—¡Es una fatalidad!—exclamó el Gran Duque—. ¡En todas partes tengo que encontrar a mi sobrino!

Por fin se levantó el telón y dió comienzo a la comedia, cuyo asunto era el siguiente:

“La farándula se detenía en una población y asistía al espectáculo un príncipe que se enamoraba de una de las artistas viéndose correspondido por ella. El Príncipe la abandonaba y la ofendía, enviándole jun-

to con la carta de despedida unos billetes de banco."

El Príncipe reconoció inmediatamente a Adriana y la obra le recordó aquella noche feliz en que cenó con ella en la *roulotte*.

Tal fué la sensación que estos recuerdos le produjeron, que no pudo impedir que las lágrimas inundaran sus ojos.

El Gran Duque seguía con interés, no la trama de la obra, sino los movimientos de la actriz, de la cual había quedado prendado desde que apareciera en el palco escénico.

En el entreacto el Gran Duque dijo a su ayudante:

—Mi deber es invitar a esa artista tan encantadora para felicitarla.

Y el ayudante tuvo un gesto de comprensión.

Poco antes de terminar el espectáculo la Gran Duquesa dijo a su esposo:

—Esta clase de obras me producen dolor de cabeza. Me voy a casa.

Al Gran Duque le pareció muy bien que su esposa determinara dejarle y con extrema solicitud la acompañó hasta el auto-

móvil y ordenó al chofer la condujera a Palacio.

Pero tan pronto como partió el auto la Gran Duquesa ordenó al chofer:

—No vaya a casa. Condúzcame a Liebstasse, 43.

El Príncipe sin esperar a que la artista recogiera los últimos aplausos salió del palco después de despedir a sus ayudantes y se dirigió al escenario.

Oculto en el fondo del corredor vigiló la llegada de Adriana a su camerino y apenas se hubo cerrado la puerta tras la figura inolvidable de la novia de una noche, se acercó y llamó.

Abrió la puerta una doncella que al verle manifestó:

—La señorita no recibe a nadie en su camerino.

Pero él, sin hacer caso de las palabras de la camarera, empujó suavemente la puerta que ella mantenía entornada y entró en el perfumado y coquetón recinto.

—Entregue esta tarjeta a su señorita— dijo a la doncella.

Esta, después de breve vacilación y haciendo al fin un gesto como de impotencia,

desapareció por una puertecilla que daba acceso a otro departamento.

El Príncipe aguardó impaciente y emocionado.



Tendió la mano al Príncipe...

En seguida compareció Adriana. Su semblante no denotaba sino una cortés indiferencia. Tendió la mano al Príncipe y después de pronunciar unas palabras de saludo exclamó:

—¡Ahora comprendo vuestra visita! Si mal no recuerdo os debo mil coronas.

Y le entregó un billete.

El Príncipe quedó más confundido aún de lo que estaba al ver el extraño recibimiento que le dispensaba la artista.

Adriana no era la misma, no. La Adriana que se presentaba a sus ojos era más hermosa, más delumbrante que la linda muchachita de la *roulotte*. Con la blancura de su garganta y de sus brazos se confundía el brillo de las joyas y del precioso traje de tisú de plata. Tal fué su asombro, su perplejidad, que pareció despertar de un sueño cuando la artista le preguntó:

—¿Qué queréis de mí?

—Debiste suponer que vendría a verte—se atrevió a contestar el Príncipe.

—Ya sabía que tu vanidad te haría tomar la comedia en serio—repuso ella sonriendo un poco burlonamente.

—No ha sido comedia, no—exclamó el Príncipe con firmeza—. Tu voz era dolorosa, tan dolorosa como la verdad.

—Te equivocas, Mauritz. Sin duda has olvidado que soy buena actriz.

Y, después de una pausa, continuó:

—Desde luego, te confieso que cedí al autor el recuerdo de una anécdota de mi vida y que escenificándola él y representándola yo nos ha producido una fortuna. Estoy contenta, pues si entonces sufrí, ese sufrimiento me ha servido para conquistar gloria y fortuna. Claro que todo esto se lo debo también en parte al autor de la comedia. Es un joven de talento y bastante guapo. Te confieso que me gusta y más ahora que es tan famoso como yo.

Estas palabras produjeron al Príncipe evidente contrariedad, la cual se convirtió en emoción al decir:

—Adriana, tu recuerdo ha vivido en mí constantemente.

—¡También tú sabes representar comedias!—dijo Adriana riendo.

—A través del tiempo—añadió el Príncipe—llegué a creer que te había olvidado pero me ha bastado verte de nuevo para que se convirtiera en llama el rescoldo de aquel amor que en una noche llegó al fondo de mi alma... Si hubiese sido un hombre libre aquella mañana, la de tu marcha, te habría seguido para no separarme de ti jamás... ¡Pero me debía a mi país! Un prín-

cipe no puede amar siempre que quiere. Esto es tan doloroso como cierto.

Había en aquellas palabras tanta firmeza, tanto calor y tanta emoción, que iba venciendo poco a poco la hostilidad vengativa de Adriana.

—No es posible—dijo de pronto el Príncipe con arrolladora vehemencia—que se hayan borrado por completo en ti las huellas de nuestro sublime amor. ¿Verdad, Adriana? ¿Verdad que me quieres todavía?

Ella vaciló. Se adivinaba que en su corazón luchaban dos sentimientos encontrados: el amor y el despecho, pero al fin venció aquél y la artista dejó caer la cabeza en una rendida afirmación.

El Príncipe, loco de alegría, fué a abrazarla pero ella lo evitó dando media vuelta, más por ocultar su dolor que por separarse del Príncipe y dirigiéndose rápidamente hacia la puerta.

Pero Mauritz llegó a tiempo para detenerla y para obligarla a ser franca, haciéndole lo que le dictaba su corazón.

Fué un abrazo largo y apasionado...

V

Cuando el Gran Duque dejó a su esposa acomodada en el automóvil, se dirigió hacia el camerino de la estrella.

El empresario puesto en antecedentes de los deseos del regente, trató de hablar con la actriz, pero aunque llamó repetidamente a la puerta del camerino no obtuvo contestación. Era que las llamadas coincidieron con el abrazo de Mauritz y Adriana.

El empresario volvió al grupo que formaban los subordinados del Gran Duque y como éste llegó en aquel momento se disculpó:

—Señor, Adriana había advertido que no recibiría a nadie en su camerino. Por eso no habrá contestado a mi llamada,

Entonces se abrió la puerta del camerino y apareció Adriana.

Al oír el Príncipe la voz de su tío retrocedió cuando ya estaba a la puerta. De aquí que la artista avanzara sola hacia el grupo presidido por el Gran Duque.

Todos la rodearon para felicitarla.

—La he oído con el ánimo en suspenso toda la representación—dijo el Gran Duque—. Es usted una artista extraordinaria. Y aun me lo parecería mucho más si aceptara el cenar conmigo esta noche.

—Lo siento mucho, pero estoy comprometida—respondió la actriz.

La inaudita respuesta exasperó al Gran Duque, que, con esforzada amabilidad, continuó:

—Sin duda, no ha comprendido usted bien lo que le he dicho. Soy el regente de Keremme ¿comprende usted?... Las damas acostumban dejar sus compromisos cuando yo las invito.

—Usted es el que no debe haber comprendido, señor. Usted puede regir todo lo que quiera... menos mi voluntad.

Dando media vuelta, se dirigió hacia el Príncipe, que acababa de salir del camé-

rino y cogiéndose de su brazo, salieron del teatro.

El Gran Duque se puso furioso.

—¡Ahí está Mauritz otra vez! ¡Este mozalbete se me aparece hasta en la sopa!

Entretanto, en las habitaciones particulares de casa del Príncipe resonaban sin cesar pasos de la Gran Duquesa, que indignadísima por la larga espera, trataba de apaciguar sus excitados nervios yendo de un lado a otro del gabinete.

Tres horas llevaba esperando y desesperando.

Al fin decidió marcharse y con tal brusquedad lo hizo, que el ayuda de cámara del Príncipe quedó muy extrañado y diciéndose si aquella conducta era propia de una gran duquesa.

Minutos después llegaba a casa el Príncipe, el cual sólo cuando el criado le habló de lo que acababa de suceder recordó que estaba citado con la Gran Duquesa.

En otras circunstancias, semejante recuerdo y el conocimiento de la incorrección que acababa de cometer con dama tan ilustre, le habría contrariado profundamente, pero aquella noche Mauritz estaba conten-

to, muy contento y era feliz, plenamente feliz.

La autora de este estado de ánimo era Adriana, el hermoso sueño de un día, su verdadero y desinteresado amor.

El criado un poco extrañado de que no diera importancia a lo que a él le parecía tan importante, añadió:

—Se mostraba furiosa al marcharse, Alteza.

—Mañana hablaremos de eso, camarada. Esta noche me siento demasiado feliz para hablar de cosas graves. Si no tienes ninguna noticia alegre que darme te puedes retirar. Estoy fatigado; necesito reposo. Saldré de un sueño y entraré en otro.

El ayuda de cámara se inclinó y salió del aposento cerrando la puerta, no sin antes decirse que también las personas de sangre real tenían sus rarezas.

* * *

El que crea que el desaire del Príncipe enfrió la pasión que tan rápidamente había despertado en el corazón de la Gran Du-

quesa, demostrará que ignora que las grandes duquesas son en el fondo simples mujeres y que, como tales, en cuestiones de amor cometen la sinrazón de sentirse más atraídas cuando menos se les solicita la atracción.

La Gran Duquesa, al día siguiente, se sentía, verdad es, tan irritada o más que la noche anterior cuando esperó en vano durante tres horas la llegada del Príncipe, pero su indignación no le impidió anhelar que sonara una llamada telefónica en son de disculpa.

Sin embargo, la llamada se hizo esperar toda la mañana y quién sabe si también toda la tarde si la Gran Duquesa no llevara su indignación a telefonear al Príncipe ya que él no le telefoneaba a ella.

Una voz un poco adormilada respondió al otro extremo del hilo telefónico.

—¿Quién es?

—Vas a saberlo en seguida. Soy la que esperó anoche tres horas y ha estado esperando una disculpa toda la mañana.

—¡Por Dios, Duquesa, yo os explicaré!...

—De nada ha de valerte el tratamiento y la etiqueta.

—Te aseguro, querida mía...

—Deja las disculpas para esta noche. Espérame a última hora y cenaremos juntos.

Mauritz se habría negado de buena gana porque estaba citado con Adriana, pero comprendió que no era posible hacer un *secondo desaire* a la Gran Duquesa y aceptó "encantado".

Inmediatamente, volvió a coger el teléfono y se puso en comunicación con la actriz.

—Esta noche no puedo ir a verte, Adriana. No vengas a mi casa tampoco como habíamos convenido.

Un silencio demostró a Mauritz el efecto que habían causado sus palabras.

—No desconfíes de mí si no te explico el motivo. Mañana lo sabrás.

Y como el silencio continuara, preguntó:

—¿Me oyes?

—Sí, te oigo.

—¿Me crees?

—Mañana te contestaré.

Adriana era justa. Al misterio respondía con el misterio, a la reticencia con la reticencia.

* * *

Otra llamada telefónica, esta vez de la Baronesa para el Gran Duque.

—Esta noche—dijo la dama con voz desmayada—no nos podremos ver.

—¿Y eso?

—Me duele horriblemente la cabeza.

El Gran Duque no hizo demostración ninguna de desconfianza, pero cuando colgó el auricular se dijo:

—Me gustaría saber si al Príncipe le duele también la cabeza.

Y llamó por teléfono a su sobrino.

—Querido sobrino, te invito a cenar esta noche. Después, si te parece, echaremos una partidita al bridge.

—¡Cuánto lo siento, Alteza! Esta noche tengo un compromiso—fué la respuesta del Príncipe.

—Siendo así, ni una palabra más. Que aproveche.

El Gran Duque había pronunciado estas palabras en un tono que parecía alegre, pero la verdad de su desfavorable estado de ánimo se dejó ver apenas colgó el auricular.

—Me parece que esta noche el compromiso se te va a aguar, del mismo modo que a la Baronesa se le pasará el dolor de cabeza.

Al murmurar estas palabras, el gesto del Gran Duque era terriblemente risueño.

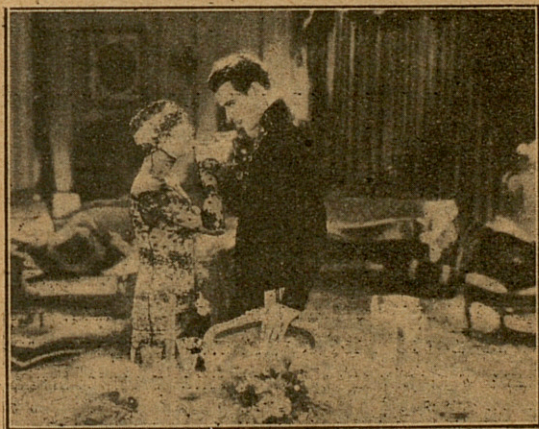
VI

La cena de la Gran Duquesa con el Príncipe fué realmente deliciosa. El joven Heredero no había de esforzarse mucho para fingir a la Gran Duquesa aquella pasión que tanto convenía a su patria. La Gran Duquesa era indudablemente tan joven y tan hermosa como Adriana, la cual representaba para el Príncipe la belleza suma. Se comprenderá, pues, que el patriótico sacrificio no resultara para el Príncipe tan duro como todo eso.

Después de la cena, cuando el calor de los vinos generosos y la embriaguez del íntimo flirt llenaba de vehemencia el corazón de la Gran Duquesa, dijo ésta a su sobrino:

—Ahora comprenderás de lo que es capaz una mujer por el hombre que ama.

Y extrajo un documento que entregó al Príncipe. En él se decía que el que firmara al pie se comprometía a dirigir un movi-



La cena fué realmente deliciosa.

miento revolucionario contra el Gran Duque.

—Las fuerzas vivas del pueblo—declaró la Gran Duquesa—están de mi parte y se pondrán a tu lado si firmas esta declaración.

El Príncipe comprendió que había llegado al fin de sus pretensiones, pero una duda detenía su mano.

—Mi deseo es firmar, pero dime: ¿por qué tienes este rasgo de magnanimidad conmigo.

—Porque te amo y quiero que seas el soberano del pueblo y de mi corazón.

Había una profunda pasión mezclada a la franqueza de su respuesta y el Príncipe firmó sin vacilar.

De pronto se oyeron en la escalera pasos precipitados. Alguien subía. La Gran Duquesa buscó instintivamente donde esconderse y desapareció tras una puerta situada en el fondo del salón.

Era Adriana, Adriana que corrió hacia el Príncipe y le dijo al mismo tiempo que se arrojaba en sus brazos:

—Perdóname que haya desconfiado de ti, pero ¡te amo tanto!...

El se había olvidado instantáneamente de todo. Sólo pensaba en que tenía en sus brazos al ser al que más amaba en el mundo.

—¡Adriana!... Porque te amo de veras, quiero decirte toda la verdad.

Y en voz baja y brevemente le refirió la entrevista que acababa de tener con la Gran Duquesa y que ella había interrumpido.



—*Porque te amo de veras, quiero decirte toda la verdad.*

—Te amo a ti sola—dijo después—pero he de sacrificarme por mi pueblo. Ya ves como soy yo quien ha de pedirte perdón a ti.

Adriana había empalidecido súbitamente. Cayó en sus brazos.

—¿Qué te sucede?—inquirió él con inquietud.

—Nada. Es mi sueño de amor que se desvanece.

Y añadió:

—Yo también te amo. Yo también te amaré siempre.

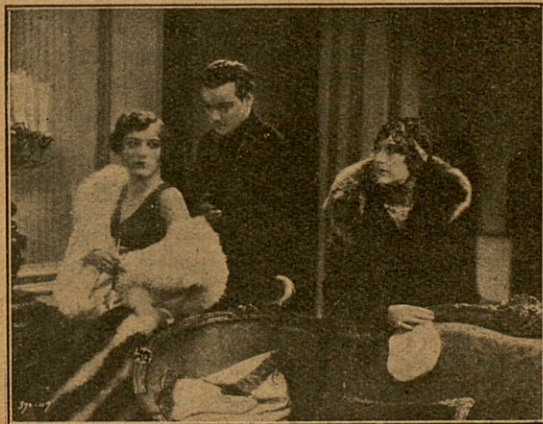
Se dieron un beso de amor resignado, un beso que equivalía a un adiós de alma a alma, pero el éxtasis fué interrumpido por la repentina aparición de la Gran Duquesa.

Un sarcástica sonrisa crispaba su boca e iba a decir algo cruelmente mordaz, cuando volvieron a oírse pasos en el piso inferior. No era una sino varias personas las que ahora habían entrado en la casa y entre ellas se oía la voz del Gran Duque.

La Gran Duquesa volvió a ocultarse en la habitación donde antes se había refugiado y Adriana salió por la puerta principal del salón, introduciéndose en otra estancia vecina.

Ambas oyeron, cada una desde su escondite, lo que ocurrió en el salón donde se hallaba el Príncipe.

Entró el Gran Duque acompañado de varios ayudantes y consejeros de la Corona, y tan seguro estaba de que iba a encontrar



... el éxtasis fué interrumpido por la repentina aparición de la Gran Duquesa.

allí a la Baronesa que lo primero que hizo al hallarse en presencia del Príncipe, fué decir a los que le acompañaban:

—Ahora sabréis, amigos míos, qué clase de persona es la baronesa de Duclós.

Y fijándose en la puertecilla del fondo, discreta y disimulada, añadió:

—Abrid esa puerta.

El Príncipe se colocó de un salto ante ella y la protegió con sus brazos abiertos.

—Nadie tiene derecho a mezclarse en mis asuntos íntimos.

—Nada oculta el que nada tiene que ocultar—repuso el Gran Duque, y añadió dirigiéndose a sus secuaces—: Os he dicho que abráis esa puerta.

—¡Antes se las tendrán que ver conmigo!—les retó el Príncipe.

Y entonces ocurrió algo que ninguno de los presentes esperaba.

La puerta se abrió y apareció Adriana.

El Príncipe comprendió en seguida lo que había ocurrido. Adriana, desde la estancia vecina lo oyó todo, y comprendiendo el peligro en que se hallaba la Gran Duquesa, se aprestó a salvarla, dando un rodeo y penetrando por la ventana en la habitación que con tanta energía defendía el Príncipe.

Todos se quedaron confundidos. El Gran Duque, además, sintió la indignación del ridículo fracaso de su perspicacia y se des-

ahogó dirigiendo al Príncipe estas palabras ofensivas para la actriz:

—Realmente creí que en ese cuarto se ocultaba una dama, pero veo que sólo había una artista.

Inmediatamente, el Príncipe se abalanzó sobre el Gran Duque. Intervinieron los consejeros e instantáneamente apareció la Gran Duquesa, también con ánimo de remediar la gravísima situación.

El Gran Duque le dirigió una mirada llena de estupor. Todos se volvieron a mirarla. Pero ella supo también salvarse a sí misma.

—No me mires de ese modo acusador—dijo el Gran Duque—. Sólo he venido aquí a cerciorarme de que el Príncipe es tu peor enemigo. He aquí la prueba.

Y le entregó el documento que el príncipe Mauritz había firmado momentos antes.

* * *

Dos días después, el Príncipe se hallaba con los brazos cruzados ante un piquete de soldados que apuntaban contra él sus fusiles.

En el patio del cuartel donde se iba a realizar el fusilamiento estaba también el Gran Duque, el cual se regocijaba de antemano de lo que iba a suceder.

El oficial dió la voz de fuego y el piquete disparó.

Pero el Gran Duque creyó estar soñando al ver que el Príncipe seguía erguido, con los brazos cruzados y la serenidad reflejada en el rostro.

Era evidente que el piquete había disparado con pólvora sola y esta consideración hizo comprender al regente en seguida que el ejército se había rebelado contra él.

Así era, en efecto. Pero lo que no sabía el Gran Duque era que la inofensiva des-

carga había sido un aviso para el pueblo que se había agrupado en los alrededores del cuartel.

Al oír el regente los gritos belicosos de la multitud, echó a correr a través del patio, pero los mismos soldados que no habían querido fusilar al Príncipe, le apuntaron con sus fusiles cargados ya con bala.

El pueblo tomó por asalto el cuartel al mismo tiempo que vitoreaba al príncipe Mauritz y una bala surgida de no se sabía dónde dió muerte al Gran Duque.

La Gran Duquesa sabía preparar bien las cosas.

* * *

En brazos de la multitud que le aclamaba con unánime entusiasmo fué transportado a Palacio para que tomara posesión del trono.

Después, la multitud quiso ver a su nue-

vo Gran Duque y le obligó a salir al balcón para testimoniarle en aquel trascendental momento su fidelidad.

El Príncipe sonreía emocionado y agradecido... Pero ¿era realmente feliz?

No, no lo era. Al mismo día siguiente supo que Adriana rompía su contrato con el Gran Teatro y se disponía a ausentarse. La envió a llamar y hubo entre ambos una escena llena de emoción y de ternura.

Hablaron muy poco. Se comprendían tan bien que sobraban las palabras para expresarse en aquellos momentos lo que sentían.

—He ganado un reino, pero he perdido algo que vale mucho más que todos los reinos de la tierra—dijo por fin el Príncipe.

—Ahora más que nunca es imposible nuestro amor—repuso Adriana como un eco.

—Ahora más que nunca.

—Sin embargo, yo por mí puedo decirte que seré fuerte y que sabré convertir mi desdicha en un bello sueño de amor.

—Y yo te imitaré, Adriana. Haré de mi infortunio un hermoso sueño de amor irrealizable.

Y así fué como aquellos dos corazones

supieron hacer un culto del recuerdo de su amor y por eso aquel amor tuvo siempre el perfume exquisito, la pureza sublime de los anhelos no destruidos por la realización.

F I N

¡Otro éxito!

La Novela Sentimental

Precio: 30 céntimos

Lujosa nueva colección de novelas, con postal regalo.

La Novela Americana Cinematográfica 30 cts.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

El pagano de Tahití

Estrellas dichosas

La senda del 98

Espejismos

Evangelina

Orquídeas salvajes

El Caballero

EGOÍSMO

En preparación:

La máscara del diablo

por John Gilbert y Eva Von Berne

¡SIEMPRE LO MEJOR!

Precio: 1 peseta

¡Los éxitos del cine sonoro!



Follies 1929

Broadway Melody

Letra y música

El Mundo al revés

Acaba de aparecer:

Casados en Hollywood

Precio: 50 cts.

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: 30 cts.

Éxito sin precedente:

La Novela para Todos

Colaboración selecta. Interesantes
asuntos inéditos.

Ilustraciones en el texto

Pida en cualquier quiosco o librería

La Novela para Todos

Precio: 30 céntimos

GRAN ÉXITO DE

La Novela Frívola Cinematográfica

Regalo de Artísticas fotografías

E. B.

